

y dan para esta época un nivel de crecida ocho metros superior al de nuestros días¹. Capas de limo nilótico ocupan en la base de la roca los fondos que quedan al presente a una gran distancia de la orilla de la inundación y se notan también en muchos sitios huellas de cultivos que sería imposible restaurar en el día.

El descenso de las crecidas en la parte superior de las cataratas puede explicarse por el desgaste de las barreras de rocas que detienen el río; pero ¿ha disminuído también en la parte inferior de las cataratas en el Nilo egipcio? Si es así, la masa líquida que se arrastra en el lecho fluvial era entonces más abundante, y en ese caso los diques ribereños del Nilo habían de ser más elevados que lo que son en la actualidad, en que los diques se construyen con elevación para sostener una crecida de ocho metros lo más en la parte superior de la «horquilla» del delta; en tanto que la estatua del Nilo que existe en el museo del Vaticano y que Vespasiano dedicó a César Augusto, está rodeado de dieciséis niños que ostentan cuernos de abundancia, y se supone que representan los «dieciséis codos» que corresponden a una gran avenida: dieciséis codos egipcios equivalen a 7 metros 20, lo que representa en nuestros días una amplia inundación ante el Cairo. No existe, pues, modificación en el régimen del río desde hace dos mil años.

Los ribereños esperaban con extrema ansiedad la aparición de aquella crecida fecundante de las aguas, de que dependía su existencia. ¡Con qué placer se veía la aparición del pequeño cocodrilo o sack, precursor divinizado que venía con la primera onda de inundación! Seguíanse después con atenta solicitud cada uno de los fenómenos sucesivos de la crecida: primeramente la aparición de las aguas «verdes», producidas por los restos de vegetación corrompida de los pantanos del Nilo Blanco; después la llegada de las aguas «rojas», debidas a las arcillas arrastradas por los torrentes de Etiopía, reuniéndose en el Nilo Azul y en el Atbára, y cuando el nivel de la corriente fluvial toca a la altura de los diques, llega el momento solemne: se levantan las compuertas, o por mejor decir, se derriban los muros de tierra que impedían la entrada del agua fan-gosa en los canales de riego. «¡Salud, oh Nilo, tú que vienes a dar

¹ Richard Lepsius, *Briefe aus Aegypten*.

la vida a Egipto!» exclamaban los sacerdotes, y la multitud aplaudía con frenesí. Un testigo de tierra dejado en medio del canal no tarda en ser derruído por las aguas, que le acometen fuertemente; es la «novia» del río, dice el simbolismo popular, que imagina que todo beneficio de los dioses debe ser compensado por un sacrificio. También se echa una muñeca en la corriente, quizá en recuerdo de una verdadera víctima que se ofrecía en otro tiempo a la divinidad del Nilo para comprar su favor.

Por lejos que se remonte la historia en el pasado del valle nilótico, se halla en él una misma práctica agrícola en perfecta armonía con el régimen de las aguas fluviales. Los ingenieros de la época se aprovechaban de una circunstancia favorable; el Nilo, durante el curso de las edades, ha levantado poco a poco con su légamo las superficies



CHADUF

sobre que se extiende en tiempo de crecidas, y existe en general una ligera pendiente del suelo desde el pie de las colinas hasta la orilla del río. Apoyándose sobre su derecha el Nilo, sobre la orilla occidental se observa esta inclinación de la llanura, y un canal de desagüe acompaña al río en una longitud de más de quinientos kilómetros. Cuando las aguas estaban bajas se practicaba el riego artificial elevando el agua sobre los ribazos, valiéndose de vasijas o cestos de tejido muy

compacto, que elevaban de grada en grada por medio de palancas movidas a brazo; era exactamente el mismo procedimiento de los *chaduj*, empleados todavía a lo largo del Nilo por los pobres fellahs. La ciencia de la hidráulica no estaba aún bastante desarrollada en tiempo de los Faraones para que pudiera construirse en la parte superior del delta una presa semejante a la que rige actualmente el curso de las ramas fluviales, elevando cuatro metros la superficie del agua; del mismo modo los Egipcios no podían pensar en la obra colosal, actualmente realizada, consistente en dar un régimen fijo a las aguas de la Nubia por los diques de la primera catarata; hallándose además las aristas del terreno más elevadas en aquella época, la Naturaleza había realizado lo que el trabajo del hombre completa en nuestros días.

Pero hay una obra de los ingenieros egipcios que los sabios modernos no han sabido restaurar hasta nuestros días: el lago Moëris, el «mar completo cavado y hecho por mano de hombre», cuyo perímetro desarrollado alcanzaba la misma longitud que la costa del delta¹. Las reconstrucciones ideales que hacen los arqueólogos de esta «maravilla de las maravillas» no concuerdan entre sí, pero la existencia del antiguo depósito no es dudosa. La industria moderna fué indudablemente muy distanciada en esta región de Egipto por los hidráulicos del tiempo de Menes, el antiguo Mitsraim, es decir, del personaje legendario que representa la más alta antigüedad de la civilización egipcia.

Gracias al arte con que los agricultores geómetras del valle del Nilo supieron establecer sus lagos de reserva y la red de sus canales de riego, cada gota de agua era utilizada y cambiada en sabrosa planta, en semilla, en fruto. La sobriedad extrema de los labradores economizaba tan bien las cosechas, que las cabañas de los fellahs se juntaban en una villa casi continua a todo lo largo de las dos riberas fluviales. En las épocas en que las poblaciones vivían en paz, siete u ocho millones de seres humanos ocupaban el estrecho foso del valle nilótico en la parte inferior de las cataratas; pero cuando la guerra o cualquier otro desastre interrumpía los trabajos

¹ Herodoto, *Historias*, lib. II, 149.



Cl. Bonjils.

RÁPIDO DE LA PRIMERA CATARATA ANTES DE LA CONSTRUCCIÓN DE LOS DIQUES

de riego, el hambre o la peste arrebatában las bocas inútiles: el rápido exterminio de los hombres sucedía a la acumulación.

El cultivo de las tierras aportadas por el Nilo era tan general, que la flora originaria fué cambiada por completo. Las plantas que crecían en la estrecha banda aluvial antes que el hombre tomase posesión de ella, han desaparecido casi enteramente, como lo reconocen los botánicos ante el aspecto y las costumbres de los vegetales de Egipto, pero la flora primitiva de la meseta desértica ha conservado su fisonomía inmutable. Las únicas especies del valle que han resistido a la destrucción son los vegetales acuáticos, entre los cuales se cuentan el papiro y el loto, el primero simbolizando el bajo Egipto sobre los monumentos antiguos; el segundo tomado como planta característica del Egipto superior. No es cierto, en verdad, que el papiro y el loto sean realmente originarios del valle del Nilo: muchos escritores piensan que el papiro se cultivó siempre a causa de su valor industrial procedente de la medula nutritiva de

las ramas dúctiles y flexibles que usan los cesteros, y sobre todo, por su epidermis, que fué el «papel» de los antiguos; y precisamente, dicen, porque el papiro no era una planta nilótica indígena, ha desaparecido casi completamente de las aguas egipcias, donde antes se le cultivaba a la manera del arroz; sin embargo, ningún hecho botánico viene en apoyo de esta suposición, y entre todas las hipótesis la más sencilla es la que le atribuye el carácter de indígena¹. Como quiera que sea, la sustitución completa de una flora por otra, lo mismo de fauna por fauna diferente, atestigua sobradamente la larga duración de los cultivos en la tierra de Egipto; este período de la historia representa ciertamente una centena y quizá centenas de siglos.

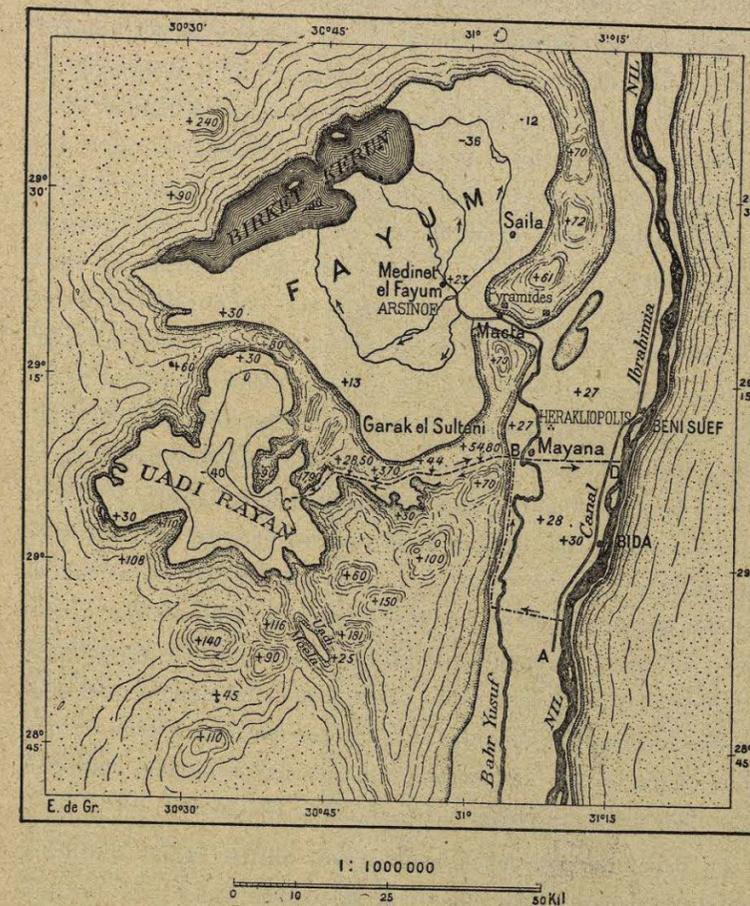
Se ha pretendido que la universalidad de la inundación en el valle del Nilo y la unidad material de este fenómeno debían producir como consecuencia en el mundo religioso la idea de un amo todopoderoso, y en el mundo político la de un soberano absoluto, «que dirigiera las aguas en los campos y reconstituyera los límites borrados de las propiedades particulares»². La previsión de un dios que guía el sol en los caminos del espacio, que llena hasta los bordes el lecho del río y modera el ímpetu de las aguas, podría ser admitida como artículo de fe por los ribereños del Nilo y producir de rechazo en el mundo político la fe en la solicitud constante de un soberano; pero resulta que los hechos no concuerdan con esta teoría, inspirada por el deseo de que pase como verídica, y no apoyándose en la historia más que sobre un período del desarrollo de los Egipcios. Antes que un rey se encargase de administrar la tierra y exigir el diezmo de los productos, fué necesario que un pueblo los crease; se había comenzado el trabajo mucho antes de que un amo hubiese creído necesario dirigir esta obra «en beneficio de todos», como afirmaba el historiador cortesano, o mejor dicho, en su beneficio personal, como lo demuestra la historia. En las riberas del Mississippi, en las del Amazonas, lo mismo que en todos los valles fluviales donde vemos a los agricultores conquistar gradualmente sus jardines y sus campos sobre el pantano primitivo,

¹ Flahaut, *Notas manuscritas*.

² Leopold von Ranke, *Weltgeschichte*, t. I, p. 5.

en ninguna parte se manifiesta esa «unidad de mando» imaginado por los teóricos del poder absoluto. Los iniciadores de la gran

N.º 138. El Fayum y el Uadi-Rayan



El lago Meris ocupaba todo o parte del Fayum actual, hasta la colina + 23, dice W. Wilcocks. Los ingenieros modernos, tratando de asegurarse reservas de agua para el riego, no pueden ya servirse de este territorio, habitado ahora, pero piensan utilizar el Uadi-Rayan, depresión análoga al Fayum. En tiempo de crecida, el agua del Nilo podría correr según A B C, poniendo mil millones de metros cúbicos a la disposición de los cultivadores, con que podrían regarse 200.000 hectáreas. El exceso volvería al río en D.

conquista económica fueron las familias dispersas que se aventuraban en el fango para procurarse allí una cosecha precaria entre dos inundaciones.